

19-3-1894 *Mal enmendado*

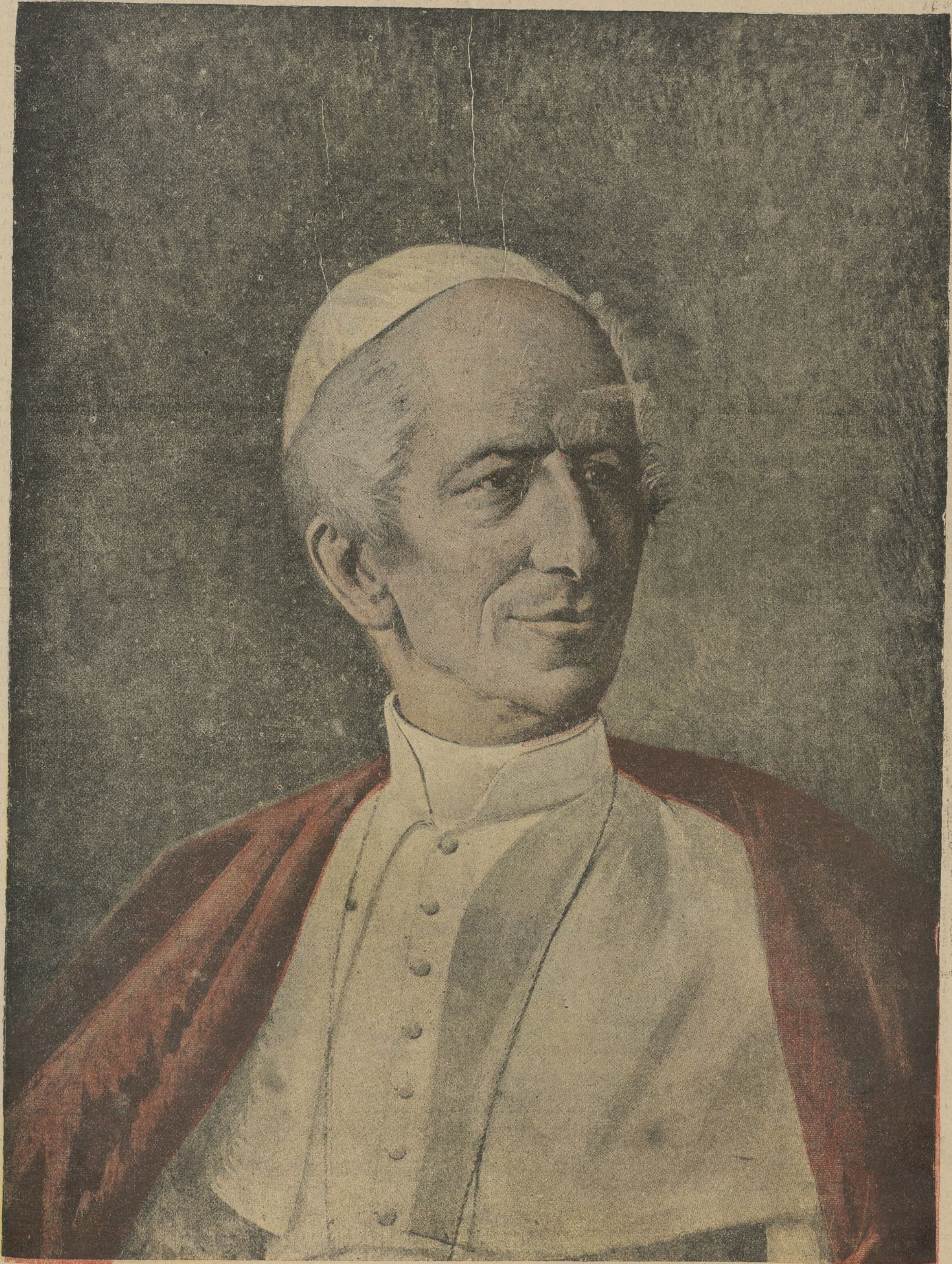
LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

ABRIL
23 DE MARZO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
10 CÉNTIMOS EN TODA ESPAÑA



Ayuntamiento de Madrid

LA CRUZ DE CAÑA

I

—¡Madre Ester! ¡madre Ester! Salid á la calle.
—¿Qué sucede, Noa?
—Una gran desgracia. Que han condenado á muerte á Jesús el Nazareno y le llevan á crucificar hacia el Calvario.

Así decía una moza de Jerusalem ante la tienda de una vendedora de aves. La buena vieja salió derribando jaulas vacías, y exclamó á gritos:

—¡Malvados! ¿Y qué mal ha hecho á nadie ese santo varón, tan pacífico y tan dulce?

—Mi cuerpo lo dirá, que conserva los cardenales de su látigo cuando nos echó del templo á los que cambiábamos moneda—dijo un traficante vecino—y algo podrá también decir tu marido Henoc, porque amén de los golpes que sufrió, se le volaron las tórtolas y palomas que vendía. Yo tuve más paciencia y no se me voló ni una moneda; que no sali del templo, á pesar de los latigazos, hasta que las recogí todas del suelo.

—Y alguna más que no sería tuya—repuso Ester—ya te cobrarías los golpes de algún modo. Pero ¿es verdad, Noa, lo que cuentas?

—Sí; cerrad la tienda si queréis ver y oír por última vez al Nazareno y seguidme; unámonos á las mujeres que van llorando por las calles.

—¿A dónde vas, Ester?—exclamó Henoc su marido, que llegaba á toda prisa con una caña en la mano—¿A oír el último sermón de tu profeta? ¿Y cierras la tienda para eso, como si estuviéramos en sábado? Ea, mujer, no seas necia, ni te unas al tropel de las lloronas. Tu Mesías ya no hará parábolas, ni discutirá con los doctores, ni quedará arreglar el templo sin ser pontífice. ¿Ves esta caña? Es el cetro que le pusieron por burla los soldados de Pilato, y que recogí para recuerdo.

—¿Por qué la rompes?

—¡Ja! ¡ja! la estoy convirtiendo en una cruz; que en eso viene á parar la celebridad de tu Mesías...

—¿Una cruz? Mira, Henoc, no te consiento burlas con un hombre que va á morir.

—¿Sí? Pues aguántalas. Ya está hecha la cruz y colocada encima del columbario... mira como adorna sobre esa cupulilla... en que heben las palomas...

—La romperé. Poner en mi casa el signo del patíbulo, ¿somos acaso una familia de criminales? Vámonos, Noa—dijo Ester—romperé esa cruz...

—No haréis tal—repuso una mujer llorosa, que casi cubría la cara con su manto y que caminaba más deprisa en su misma dirección—esa cruz, que era un signo de ignominia, va á quedar santificada con la muerte del Justo.

—¿Quién será esa mujer?—preguntó Ester á Noa.

—No lo sé: su figura no me es desconocida. ¡Ah! ya la recuerdo, es Marta, la hermana de Lázaro...

—¿Es esa?

—Sí; la que la otra noche quebró el vaso de alabastro y derramó el ungüento de nardo sobre la cabeza de Jesús, y le lavó los pies y los secó con sus cabellos.

Quisieron en vano seguirla. Marta se perdió entre la muchedumbre que marchaba hacia el Gólgota, sin dejar más rastro que un perfume delicado.

II

Más adelante tropezaron con un mancebillo que agitaba unas ramas de oliva y las besaba con amor.

—Niño, ¿por qué estás besando esas ramas?—dijo Noa.

—Son del árbol bajo el cual oró Jesús anoche.

—¿Cómo lo sabes?

—Noté desde mi choza un resplandor en el huerto que cae tras el arroyo de Cedrón y salté de mi lecho envuelto en una sábana. Y vi á Jesús orando, y el resplandor salía de su frente, y estas ramas temblaban como si tuvieran sentimiento. Luego le prendieron los soldados y huyeron sus discípulos; también estuve preso, pero hui, dejando en su poder mi sábana de lino.

—Dáme algunas hojas de esas ramas

—No; que estas hojas guardan las oraciones del Maestro, y me las repiten cuando el viento las agita. ¿Véis? Una tórtola y una paloma revolotean cerca de mis ramas, y yo sé lo que se dicen.

—¿Qué se dicen, niño?

—Que ya no serán sacrificadas por el sacerdote, ni se rociará el altar con su sangre, ni arderán sus cuerpecillos sobre el ara.

III

—¿Señor!—decía un viejo en otra esquina.—¿Por qué me devolvisteis la vista para contemplar vuestro martirio?

—¿Pues qué habeis visto, buen hombre?

—He visto crucificado al que curaba á los enfermos y resucitaba á los muertos. Pero ¡ay del pueblo que humedece con hiel y vinagre los labios sedientos que pronuncian el Sermón de la Montaña!

Había muchos mercaderes en el camino que pregonaban sus comestibles y bebidas, y todos estaban muy contentos y exclamaban:

—¡Qué negocio!

—¡Qué venta!

—Todo Jerusalem ha salido al campo á ver á los ajusticiados.

Ester y Noa no se atrevieron á proseguir, porque el cielo empezó á encapotarse, el aire á girar en torbellinos y las aves á huir en busca de refugio.

IV

Las tinieblas envolvieron á Jerusalem rápidamente; las gentes, espantadas, se escondían en las casas, y Ester y Henoc cerraron la puerta de su tienda.

—Tu mano derecha despidió olor á nardo—dijo Ester á su marido—la mano derecha solamente.

—Este perfume tan rico lo siento desde anoche—respondió Henoc—pero no me explico lo que sea.

—¿Qué tocaste, Henoc?

—Estuve en casa del Pontífice cuando los criados vendaban á Jesús, golpeándole.

—¿No le ofenderías tú?

—Sí; le di una bofetada y le dije: «Adivina quién te dió.»

—¿Sabes á qué huele tu mano? Al aroma que vertió Marta sobre el cuerpo de Jesús; apártate de mí.

—¡Ester!

—Abofetéame, si quieres, con la misma mano que dió á Jesús la bofetada.

Henoc calló, porque se oían gritos fuera.

—¡Ha muerto Jesús!—decían las mujeres que volvían de la ejecución.—La iniquidad se consumó.

—El velo del templo se ha rasgado—repetían otras voces—¿qué va á suceder?

—¡Socorro, socorro!—clamaba el avaro en la casa inmediata;—la tierra se traga el tesoro que la había confiado. Nada hay seguro ya.

Henoc temblaba y ocultaba la mano sacrilega bajo el manto mientras las mujeres alzaban al cielo las suyas. Se asomó á la ventana, y el huracán y el espanto le hicieron retroceder; sólo cruzaban por las calles algunas sombras lividas que habían abandonado su sepulcro.

V

El primer día de la semana Henoc corría de grupo en grupo por la ciudad alborotada.

—¿Decís que ha resucitado el Nazareno? No puede ser, no puede ser.

—Está vacío su sepulcro; y le han visto y hablado dos mujeres; y se ha presentado á sus discípulos. Sin duda era el Mesías. Pero ¿quién exhala ese olor tan delicado?

—¿Eh? ¿Qué sé yo?—contestaba el mercader alejándose en busca de noticias.

Y en todas partes le acogían con estas palabras, que eran ya su pesadilla:

—¿Quién huele á nardo?

—Sin duda es el Hijo de Dios y es el Mesías!

Cuando se encerró en su tienda tembló al mirar la cruz de caña que había colocado por sarcasmo y por juguete. Le pareció que se elevaba, y que la cupulilla del bebedero de las palomas se convertía en la cúpula de un templo, y que oía dentro cánticos y rezos. Miró si estaba solo, y dijo cayendo de rodillas:

—¡Señor! ¡Señor, perdóname! ¡Ester, toma el hacha y córtame la mano con que di á Jesús la bofetada!

José FERNÁNDEZ BREMÓN

MIS DOS MARÍAS

Lo he dicho muchas veces: aquella Semana Santa fué de prueba. Mis compañeros, que tantas fatigas han pasado en la mar, se acuerdan aún del tiempo que nos cogió en Cabo Espartel. Y además que éramos *ptpis*; acabábamos de ascender á guardia marinas, y las *navegaciones* hechas desde la dársena á bahía, en la Asturias; y desde Coruña á Ferrol, en *El Pájaro*, no fueron largas ni peligrosas: un voltejo.

Me lo había dicho el práctico de Málaga cuando volví á bordo con el bote de rancheros.

—Mire Ud.: por allí, puf.

Y me echó una bocanada de humo que parecía la rabiza de un huracán.

Y, efectivamente, por allí, en cuanto salimos de puerto, empezó á soplar cada vez más fuerte, y venga escoramos, y vengan maniobras.

—Chiquillo, que te escurre—me decía Saralegui, que era el Echegaray de nuestra promoción.

Y todos íbamos dando traspiés sobre las cubiertas.

Llegó la noche, y pasamos el Estrecho. La camarata estaba desierta, y por la lumbrera de la cámara de ofi-

ciales ví al segundo médico y al teniente de infantería jugando al ajedrez. Los reyes, sus caballos, sus torres y toda su servidumbre, se tambaleaba, y cada bandazo hacía más estragos que la revolución francesa. De los nuestros nadie perdía su tiempo: el comandante, D. Manuel Delgado Parejo, estaba en la chupeta y salía á menudo para dar órdenes; un oficial en el puente; los *michis* de guardia repartidos entre la bitácora, la toldilla y el castillo de proa; los hombres de una lingada colocados en el sitio que les había designado el oficial de mar, y los francos dormían tranquilamente.

Mala noche; es preciso pasarla para saberlo.

—Aquí, el que no se marea es porque está distraído—nos decía Escoriaza, que era el Galdós de la camarata.

Y lo cierto es que las distracciones no abundaban. Hacíamos fuerzas con el alma para corregir las flaquezas de nuestro organismo; nos batíamos como héroes contra el mareo, que era nuestro enemigo común, y le vencíamos como lo merece ese burgués que vive de las angustias del estómago ajeno.

Pasó aquella noche, pero vino el día siguiente, el Domingo de Ramos. «Quien no estrena no tiene manos.» me repetía yo acordándome de la tierna solicitud con que mi madre me preparaba un estreno en aquel día; y acordándome de la palma altísima, lisa y severa que nos bendecía el señor cura de la parroquia, y que después colocaba Pablo, el antiguo ordenanza de mi padre, en los balcones de nuestra casa, para que aquel emblema de la adoración de un pueblo á su Dios fuese pregón público de que nuestro hogar estaba bendito por el más humilde de los reyes y el más grande de los hombres.

Y ordenaba al timonel que metiese una calilla á sota-vento para sostener el rumbo, y tomaba en el psicrómetro las alturas de la bola seca y de la bola húmeda, que me recordaban los ojos de nostramo Martín, y calculaba la longitud por las alturas tomadas á las ocho, y la latitud por la meridiana, y ponía en mi Diario de Navegación los datos de la anterior singladura, y no cesaba de repetirme: *Domingo de Ramos; quien no estrena no tiene manos*; y era que yo no sabía que estaba estrenando el ropaje con que había de presentarse mi personalidad; que estaba estrenando la voluntad mía, la hermosa investidura que simboliza al ser superior porque denuncia al ser responsable.

Y como aquel domingo, pasamos toda la Semana Santa. Á las veces veíamos la cresta de la ola más alta que el tope del trinquete; comíamos de mala manera, porque se unían á nuestras inexperiencias de novatos las dificultades que el mal tiempo originaba en el fogón; dormíamos despertándonos continuamente los crugidos de los baos y de las cuadernas; nos faltaba el aseo del cuerpo y la franca alegría de los camaradas, y éramos los seres más desventurados, porque esos hombres que recorren los mares van sufriendo todas las inclemencias de la justicia humana y todas las agresiones de la naturaleza indomable.

No me había enseñado el gran poeta que no hay mayor dolor en la desgracia que acordarse de los tiempos felices, y yo no cesaba de recordar mis ya perdidas vacaciones, los iluminados templos, aquella rica mantilla cubriendo el blanco encaje de los cabellos de mi madre, y aquellas delicadas camelias que, puestas sobre el pecho de mi amada, parecían un girón del corpiño por donde asomaba la carne virgen.

Y seguía la lucha: estudiaba yo todas las maniobras; había gritado ¡bravo! cuando el comandante levantó la capa y los henchidos foques nos lanzaron á la arribada; y tomé parte en el combate: ya no fui el soldado resignado, sino el soldado convencido.

Y como si el enemigo sintiese espanto al ver que hasta yo mismo no le tenía miedo, subió la columna del barómetro, aclaráronse las nubes, nos envió el sol su fecunda lluvia de calor y de luz y fondeamos en Tanger. Yo había ascendido á hombre.

—¿Hay cartas para el correo?

—Se va el cabo cartero!

—¡Cinco minutos para recoger las cartas!

No era posible escribirles á las dos. ¿A ella solamente? Era un insulto para mi madre y, por tanto, una ofensa para todas las mujeres. La madrecita mía se lo contaría todo. ¡Qué no haría ella para alegrar á su hijo!

—¡A subir las cartas á cubierta!

Y sólo pude escribir: «Madre: No llores. ¡Gloria!»

Silverio LANZA

MADRID

(CRÓNICA DE 1994)

- 1.—Prosigue aquí el capítulo 19 del Evangelio, según San Juan.
- 2.—Y es la relación de cómo el Señor, abriendo las catarcas de su bondad inagotable, determinó con el

Padre volver á la tierra, que otra vez se había apartado del sendero en que él dejara á las criaturas veinte siglos antes, para abrir los ojos á los ciegos y hacer oír á los sordos.

- 3.—Por aquel tiempo se había apoderado de la superficie de la Tierra una secta llamada anarquista, que eran unos hombres que habían prometido al pueblo redimirle de la esclavitud, volviendo las cosas al punto en que el Señor las dejó cuando formó al primer hombre en el Paraíso.
- 4.—Y aquella secta había sembrado el terror por campos y ciudades, había derribado los altares levantados al Señor de los humildes, tratándole como á cualquier capitalista, y había implantado en el orbe la doctrina individualista.
- 5.—Y esta doctrina nueva, que no era la del Señor, venía á resumirse en esto: cada uno para sí y al prójimo contra una esquina.
- 6.—Lo cual que ya no había tampoco esquinas, porque la secta había derribado toda habitación, y los hombres se habían refugiado en las cavernas, como en los primeros tiempos, sin obedecer autoridad alguna.
- 7.—Y tampoco había autoridad alguna, porque estaba escrito en el Verbo de la secta que el obedecerla era incompatible con la dignidad humana.
- 8.—Así era que por entonces había, pues, muchísima dignidad, pero nadie tenía camisa que ponerse ni calcetines, porque las fábricas habían desaparecido.
- 9.—Y la humanidad andaba muy dignamente en pelota.
- 10.—Porque tampoco había ya vergüenza, y nadie recataba su desnudez, y el hombre y la mujer se juntaban y se separaban con arreglo al Verbo de la secta, con la dignidad de la raza canina.
- 11.—Y como el sistema salvador daba de sí cuanto se quería, el hombre cazaba al hombre en los bosques para apoderarse de su alimento, de tal modo que la Tierra parecía un coto de bipedos implumes en que sólo imperaba la ley del que tenía más puños.
- 12.—Y los demás ayunaban ó se morían solos, á elección del interesado.
- 13.—En esto el Señor miró á la Tierra, vió como estaba, y que aquello no era bueno.
- 14.—Y dijo al Padre:—Déjame que baje de nuevo hasta mis criaturas, porque otra vez se han descarriado, y mi misión es de paz y sacrificio.
- 15.—Y el Padre consintió en el segundo sacrificio de su Hijo, advirtiéndole que decididamente la humanidad estaba perdida y que le pasaría lo que la otra vez.
- 16.—Pero el Hijo era todo bondad y mansedumbre, y descendió de los cielos para empezar sus predicaciones acompañado de sus discípulos.
- 17.—Y puso su divina planta en Galilea, y allí empezó á distribuir el alto don de su palabra.
- 18.—Y corrieron los hombres detrás de aquel ungido que les hablaba de amor y de fraternidad, y que condenaba el asesinato y la violación.
- 19.—Los discípulos se esparcieron por la tierra y sembraron también la revelación de Jesús con este programa: Amaos los unos á los otros.
- 20.—Pero la secta juró su muerte, porque aquel hombre era la negación del sistema, y resolvió prenderle.
- 21.—Y aunque Jesús les dijo cuando le prendieron:—«Ved lo que haceis, porque soy el Hijo de Dios y Él me envía para salvaros.»—La secta no hizo caso y le prendió llevándole ante uno de ellos que hacía de autoridad porque era el más fuerte y el más listo.
- 22.—Y como era el más listo vió que Jesús no era tachable de culpa alguna, y volvióse á la secta, diciéndole:—¿Y qué queréis que haga yo con este hombre?
- 23.—Y la secta gritó:—¡Dinamítale!
- 24.—Entonces el más listo volvióse á él y preguntó:—¿Qué has hecho?
- 25.—Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado á esos; ahora pues mi reino no es de aquí. (1)
- 26.—Y entonces lo entregó para que lo dinamitaran, como había profetizado el Padre.
- 27.—Ocurrió en un lugar de Galilea que ahora se nombra de otro modo, y en él se cumplió la sentencia.
- 28.—Y cuando dispersos y sangrientos los trozos del divino cuerpo se juntaron en los aires milagrosamente, dijeron los hombres al ver el prodigio:—Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios y su palabra era verdad.
- 29.—Y entonces los hombrss se volvieron contra la secta y la exterminaron por el expeditivo procedimiento de la dinamita, que la secta elevó á ley suprema.
- 30.—Y andando los tiempos la humanidad volvió á gastar

camisa y calcetines, y á vivir como las bestias.

- 31.—Porque estaba escrito que mientras el Señor no ordenase otra cosa sería inevitable la ley del trabajo y la división en castas; así lo dispuso el Padre para premiar en su seno al que aquí padeciese, como ya se dijo: antes pasará un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en mi reino.
- 32.—Pero tuvo el Hijo que venir otra vez entre los hombres y sufrir otra vez martirio.
- 33.—Y está escrito que no será la última, porque los hijos de los hombres serán eternamente como se ha visto.
- 34.—Hasta que el Señor, justamente irritado, tome en su excelsa mano la Tierra y la pulverice, esparciendo el polvillo en el camino del infinito.

Federico URRECHA

LA SEMANA SANTA EN PARÍS

Y cuando alcanzaban el tono más alto las diatribas contra la Mesalina moderna, contra la Roma voluptuosa de las saturnales, cuando aquella tertulia de inválidos, de hombres que no vivían ya porque habían vivido antes entre los brazos de la meretriz del mundo que esparce á lo largo del *boulevard* los huesos de sus adoradores, sentíase invadido por el recuerdo triste del apartado terruño, y volvía los ojos al Havre, y más allá al mar, y más allá aún al sosegado rincón... el general les echaba la consabida arenga:

—Vuelvan ustedes si quieren. Yo me quedo en París, porque en París no se siente venir la muerte.

Ni la muerte, ni nada. La vida y la muerte son allí una sorpresa; pasan en tropel, en vértigo, ahogadas por voces retozonas, por cantos de victoria, por chasquidos de besos descocados, confundiendo locamente en el profundo torbellino de la calle; de tal modo, que en pos del carro fúnebre, embellecido hasta el punto de disimular la sombra de la muerte, viene la carroza de una bacante coronada de flores, como si la Mesalina parisense quisiera quitarnos también, en su eterno delirio de placeres, el amargor del pensamiento, levantando su cancanesca faldada sobre la idea penosa que cruzó vuestra mente cuando pasó el muerto...

No busqueis allí, donde todo es alegría, no busqueis las tristezas de la Semana Santa. Ni la naturaleza se presta generalmente á llorar el misterio del Gólgota. Pasado Enero, París se remoja; y verdean los árboles del *boulevard*; y se asoman los capullos en las tiendas de flores; y pasean las mariposas por el musgo del *Bosque*, y estallan en el cielo, haciendo salvajes por el buen tiempo, los truenos del verano. La naturaleza despierta y gorjea. París siente una nueva invasión, no de bayonetas prusianas, de *bouquets* floridos, y se sumerge en un baño de rosas, sonriéndose como una *cocotte*, porque recuerda las picardías que hizo en invierno...

La santidad de la semana no varía poco ni mucho el aspecto de París, y todo el mundo come de carne y de pescado, y los hombres se comen á besos á las mujeres, y las mujeres se rien deliciosamente de los hombres. Se sabe que ha vuelto á morir Dios, porque se es cristiano y porque hay almanaques que recuerdan la fecha; pero el suceso no tiene allí más importancia que el de la muerte de cualquier vecino.

La Semana Santa se confunde locamente con la semana pecadora. *San Eustaquio*, *San Felipe*, y singularmente la *Magdalena*, con su escalera teatral y su airosa columnata, parecen templos profanos en honor del dios de la moda; en el altar, adornado como un *boudoir*, hay un derroche de pedrerías y un incendio de colores; las santas imágenes, vestidas con arreglo al último figurín femenino, parecen arregladas para salir de paseo por el *boulevard*; y mientras surgen del órgano romanzas encantadoras y suaves arrullos, predomina en toda la iglesia, sobre el olor á incienso, el perfume que se escapa de entre las faldas esponjadas... Es un instante de recogimiento *especial*, místico-profano, algo así como una oración con toques de cancan. Por la nave del templo, sobre las cabezas inclinadas, ha pasado Cristo, amando y perdonando, como siempre, en su misericordia infinita; pero no el Cristo primitivo, el Cristo del Gólgota, resignado y triste, abofeteado y herido, con el polvo del Calvario en la frente y con la amargura del sonrojo en los labios, sino un Cristo *boulevardier*, especie de *sportman* con cara de bebé, acicalado y oliente á bueno; un Cristo bien vestido, que podría salir de allí para entrar en *Olympia*; ¡pobre Cristo, sobre cuyo maderamen imprimirán ósculos, á un

mismo tiempo, las selectas damas del *faubourg Saint-Germain* y las provocativas *cocottes* de todas partes, Magdalenas que no se han arrepentido, ni se arrepentirán en la vida!

De regreso del *Bois*, después de acordar la cita de todos los días, las *Marguerite Gautier*, alternando con las empingorotadas señoras del *faubourg*, de rodillas todas á los pies del Crucificado, dirán con voz mimosa al sacerdote con quien acaban de confesarse:—Que no me falte usted, padre. A las once en punto. Almuerzo delicioso. Irán Alice, Caroline y Rouvier. Y he encargado para usted el platito de su gusto...

Y el sacerdote, fino, correcto, hombre de mundo, hace al subir al púlpito la misma elegante reverencia que hizo ante *Marguerite Gautier*.

Las señoras se arreglan las faldas en los mullidos asientos. Hay en el ambiente chispas de amor, dulces aromas, tiernas miradas que van y vienen sin saber donde fijarse, y el orador sagrado empieza á hablar suavemente, sin alzar la voz, sin hacer gestos trágicos ni dramáticos, como si estuviera en íntima *causerie* con *Marguerite*... Habla del Evangelio; cita discretamente á Tolstoi, para decir que los revolucionarios interpretan mal los preceptos de Dios, y, al aludir á los anarquistas, insinúa con delicadeza que no pueden escudarse con el Evangelio porque empiezan por conculcar el más fundamental de sus preceptos:

«Ne faites pas á autrui ce que vous ne voudriez pas qu'on vous fasse.»

El público, encantado con el sacerdote, oyéndole con la propia atención con que oiría á un buen actor, se atterra de pronto al oír decir á un señor, de pie en una silla, estas fatídicas palabras:

—¡Farsante!.. ¡Ya te lo dirán de misas cuando volemos tu iglesia!...

El auditorio, pasada la estupefacción general, llora, solloza, grita. A una respetable señora de *faubourg* se le atraganta un pastelillo (de á dos francos) que estaba engulléndose á guisa de tente en pie. Quieren los guardias detener al anarquista, y el anarquista se defiende á silletazos. ¡Confusión! ¡Socorro! Todo el mundo corre, se atropella, se estruja; y en tanto que circula por París, como un escalofrío de fiebre, la eterna carcajada de Voltaire, y la población toda levanta la pierna haciendo la pirueta del cancan, el pobre Cristo, que había salido en procesión con unas imágenes, aparece á la puerta de la iglesia con la cruz á cuestas y entre dos gendarmes que lo defienden del tumulto...

Ya lo he dicho: esa locomotora que va de Jaffa á Jerusalem, y atruena y apisona recónditos parajes como el Gólgota, cuya callada tristeza no se había enturbiado á través de tantos siglos, esa locomotora victoriosa me causa mucha pena.

Porque ya no le queda nada á la poesía: ¡ni el huerto de las Olivas!...

Luis BONAFoux

¡AY, VILES FALSIFICADORES!

En estos santos días de piedad y de recogimiento, algunas almas religiosas y timoratas ven con mayor abominación y más terrible espanto, cómo crecen y se propagan la impiedad y la corrupción en este desventurado «fin de siglo», cómo con aterradora frecuencia se cometen ahora crímenes tremendos y pecados gordos y cómo á diario ocurren «cosas», que aquellas benditas almas, en su candorosa ignorancia, se atreven á llamar «cosas nunca vistas ni oídas».

Desenfrenados amantes que asesinan al objeto de su pasión por no corresponder á sus febriles ansias; mujeres que «propinan» á sus esposos, con la mayor sangre fría, graduadas dosis de veneno, procurando su lenta, pero continua desaparición; padres crueles que martirizan despiadadamente á sus tiernos vástagos con el sencillo propósito de heredarlos; «pródigos» malhechores que, por tres ó cuatro miserables pesetas, dan cuarenta ó cincuenta puñaladas á cualquier amigo; damas ilustres, más ó menos incógnitas, que se suponen complicas en falsificaciones y en martirios ó en ventas de niños; nobles estafadores que empiezan por arrastrar sus blasones y acaban por arrastrar un grillete; «altos personajes» que caen de golpe en el lodo de vergonzosos «Pana mos» apreciados y distinguidos «hijos de buenas familias» que, en los ratos de ocio, se dedican á la peligrosa profesión de ladrones en cuadrillas; gentes de justicia que modran envueltos entre los folios de los procesos, suicidas, dinamiteros, «danzantes» del Liceo Rius, atracadores, *Charleto*, y *Cencerritos*...

(1) San Juan.—Cap. XVIII.—Vers. 36.



LOS OFICIOS EN LAS CALATRAVAS.--La salida.

Ayuntamiento de Madrid



LA BENDICION DE LAS PALMAS

Ayuntamiento de Madrid

Verdaderamente que esta mala fama le falta mucho para ser completa, ya es por el sustento para poner espanto formidable en el ánimo mejor templado y más sereno, pero forzoso es convenir, en que ni todos esos males son hoy «fruta del tiempo», ni los siglos pasados, en punto á crímenes y maldades de todo género tienen que echar nada en cara.

«al siglo del vapor y del buen tono.»

En todos los tiempos, como en todas las partes, «han cocido habas;» llenas están las historias, los anales, los diarios y las «memorias» particulares, de hechos de índole idéntica, si no de peor índole; y si este fin del siglo XIX es lamentable en tal sentido, no hay más que volver los ojos v. g. al fin del siglo XVIII, sin tener que ir más atrás, para que al consabido refrán que dice: «Malo vendrá que bueno me hará» pueda ponerse como «pendant» otro que diga: «Malo pasó que me hace mejor.»

Si se habla de «robos en despoblado» ¿quién no recuerda las famosas partidas de Diego Corriente y de José María, y de tantos celeberrimos bandidos de aquella época? si se trata de «robos en poblado» ¿quién no trae á la memoria estos versos de Torres Villarroel?

«Oigo decir á muchos cortesanos:
«Tal oficina tiene tres mil reales,
«pero vale diez mil y muy cabales.»
¡Válgame Dios, y azotan á gitanos!
«Aquestos son rateros chavacanos,
«que pillan una capa, unos pañales,
«un borrico, una mula, y sus caudales
«no llegan á seis cuartos segovianos.
«Reconocer los montes es quimera,
«que no son ermitaños los ladrones
«ni en los jarales buscan su carrera.
«Haga aquí la justicia inquisiciones
«y verá que la corte es madriguera
«donde están anidados á montones.

Si nos escandalizamos porque hoy hombres sin decoro hacen vergonzosos alardes de femeniles aficiones, ¿cómo no recordar que en 1789 escribía un famoso autor francés que «se veían hombres y mujeres sin pudor, y aun sin pasiones, trocar de sexo por decirlo así, y deshonorarse mutuamente por este cambio monstruoso?» Si nos maravillamos porque «chicos nobles y de buenas familias» se dedican ahora á bandidos en Madrid ó en la Coruña, ¿cómo no evocar, entre otros, el recuerdo de un ilustre prócer que en 1796 sufrió en Sevilla «garrote noble» al lado de un compañero que fué condenado á «horca vil», ambos por el delito de robos en cuadrilla, gastando la aristocrática familia del primero algunos miles de ducados en su entierro y funerales para «honrar» así la memoria de quien había deshonrado el apellido?

Si; para no cansar más, nos hacemos hoy cruces por ver á ciertas gentes de la curia metidas en escandalosos trotes; ¿quién podría por ello asegurar, sin notoria injusticia, que en estos tiempos que corren hay razón para escribir algo ni aun parecido á este fragmento del diálogo satírico *El mal juez*, compuesto por el insigne y desdichado poeta Sánchez Barbene?

«Los mismos,
que se dicen justicia y son injustos;
que debiendo ser presos, encierran;
que su oficio mecánico dejaron,
á la culpable ociosidad se entregan
y al pillaje se dan. ¿En cuál notaste
decoro, educación, honor, sincera
compasión? Los habrá; mas tan contados,
que á negativa cantidad se acercan.

.....
Procurador, escribas y letrados,
aves de corvas uñas, que la presa
de muy lejos lamélicos atisban,
y cáense de repeso. ¿Qué más fiesta
para cebar su desatinado vientre
y la bolsa embutir con la moneda
que adquirió sin sudor y sin trabajo
y mis hijos reclaman?...»

Quedemos, pues, en que si el presente fin de siglo es depravado y corrompido, más depravado y corrompido fué su antecesor, y más lo fueron los antecesores de éste, como sería igualmente fácil demostrar. Cálmense, pues, un tanto las almas religiosas y timoratas, y consideren que si ahora somos malos, todavía resultamos algo mejores que nuestros antepasados, aunque nuestros pecados produzcan más ruido y causen más escándalo, no por más afrentosos, sino por más sabidos y pregonados.

Uno de los sucesos que en estos días llaman la pública atención, ocupando columnas y columnas en los periódicos más importantes, es la falsificación de un testamento ológrafo. ¡Válgame Dios, digo yo ahora, y con qué poco se preocupan las gentes! Mover tanto ruido porque un pobre diablo ha falsificado «la escritura de un muerto», como me decía ayer un alguacil jubilado, cuando en los pasados siglos ha habido diablos peores que han falsificado hasta las mismas «Sagradas escrituras.»

Casi todos los años, y precisamente en estos santos

días, no faltan periódicos, especialmente algunos de provincias, que entre los «consabidos» versos de Lista y de Fray Luis de León «A la muerte de Jesús» se hacen «cómplices» de una antiquísima superchería reproduciendo nada menos que una *sentencia falsa*. Sentencia que suponen ser la dictada por el famoso gobernador de Judea, «aquel Pilatillo, muy lavado», como le llamaba D. Francisco de Quevedo.—Y por cierto que hay periódico de aquellos que no se contenta con publicarla como la inserta Bastús en su «Memorandum anual perpetuo», cuando dice que «parece que estaba concebida en estos términos: «Habiendo declarado los magnates del pueblo hebreo» que Jesús de Nazaret subvierte al pueblo, desprecia al César y es un falso Mesías, sea conducido al suplicio en el lugar acostumbrado, con algunas insignias que parodié afrentosamente la dignidad real, y clavado en cruz entre dos ladrones. El lictor queda encargado de preparar las cruces.» Periódico ha habido que ha ampliado, modificado y aun «modernizado» esta sentencia de tal modo, que no ha faltado más que llamar en ella á Pilatos «el señor del margen,» exponerla con *resultandos* y *considerandos* y acabarla con el sacramental: «Fallo: Que debo condenar, etc.»

Acaso «falsificar» un documento del susodicho «Pilatillos» no parecerá á algunos pecado grave en atención al sujeto, ya que no al asunto; pero ¿qué me dirán esos de los que en los primeros siglos del cristianismo se entretenían en falsificar ya «decretales» que achacaban á ciertos pontífices, ya «Apocalipsis» que daban como de determinados apóstoles y escritores sagrados, ya «versos» que colgaban á las pobres sibilas, ya, en fin, *cartas*, que atribulan á la Santísima Virgen, y aun al mismo Señor Jesucristo? Aparte las cartas, que algunos suponían que habían «caído del cielo» después de la Ascensión del Señor, hay una, reproducida por muchos historiadores, entre ellos Eusebio, en su *Historia eclesiástica*; Moisés de Khorena, en su *Historia de Armenia*; San Juan Damasceno, en su *Epístola al emperador Teófilo*; Procopio, en su *Historia de la guerra de Persia*, y otros varios que cita Mr. Feuille de Concles en *Les causes d'un curieux*, carta de que existe una copia en el archivo de El Escorial, hecha por un monje en el siglo XV, y que, aunque ha sido al fin considerada como apócrifa, durante mucho tiempo gozó fama de autenticidad, y aun en el siglo XVII hubo sabio historiador eclesiástico que la estimó y declaró indubitable y digna de crédito.

Esta carta, y la del rey Abgar, á que se suponía era contestación, valen la pena de ser hoy reproducidas, á título de curiosidad, según las publica el mencionado historiador Eusebio:

«Abgar, rey de Edessa (en Mesopotamia), á Jesús, Salvador, que ha hecho brillar su poder en Jerusalem, SALUD:

«He sabido lo que se cuenta de ti y las curaciones que has realizado, á lo que se dice, sin acudir á remedio alguno. Corre efectivamente el rumor de que haces ver á los ciegos, andar á los tullidos, de que purificas á los leprosos, arrojas los demonios y los malos espíritus, sanas á los incurables y resucitas á los muertos. Oyendo la relación de estas maravillas he reflexionado que una de ellas: ó eres el verdadero Dios, descendido de los cielos, ó eres el hijo de Dios. Por eso te escribo para rogarte que vengas á mí y me libres de las dolencias que sufro, y porque he sabido que los judíos murmuran contra ti y quieren hacerte mal. Yo reino sobre una villa muy pequeña, pero piadosa y que puede bastar para los dos.»

Eusebio publica la traducción de la carta original de Cristo, que según decía, se conservaba en los archivos de aquella villa.

«Considerate dichoso, Abgar, por haber tenido fe en mí sin haberme visto, porque por mí se ha escrito que los que me vieren me tendrán fe á fin de que los que no me vieren la tengan y vivan. En cuanto á lo que me has escrito de ir á tí, preciso es que aquí cumpla todas las cosas para que he sido enviado y cuando las haya cumplido vuelva al lado del que me envió. Después que haya vuelto á su lado te enviaré á alguno de mis discípulos á fin de que cure tus dolencias y dé vida á tí y á los tuyos.»

Según Procopio esta carta tenía una postdata en que se prometía á la villa citada que jamás caería en poder de sus enemigos.

Malo es este siglo; en él hay viles falsificadores ó «Ay, viles falsificadores!» como escribía el industrial del cuento; pero en él nadie se ha atrevido. Como en los siglos pasados, á falsificar una carta de Cristo. El atrevimiento de algunos sólo ha llegado á falsificar escrituras, poderes, credenciales, pagarés y firmas de otros miseros mortales, y cuando más á falsificar «la escritura de Lucifer» como Collin de Plamy, que en su *Diccionario infernal*, da con la mayor formalidad un *facsimile* de la «escritura del Diablo.»

Sin embargo, por lo mismo, bueno es andar con cién ojos, porque lo repito: ¡Ay, viles falsificadores! y por lo

visto en los testamentos, escrituras, poderes, etc., hay que poner, como en la mayor parte de los «específicos» franceses: *Mañter des contrefaçons*, letrado que, al verlo tantas veces repetido, hizo exclamar á un andaluz amigo mío: «Esos franchutes deben ser unos grandisimos bobos. En todos sus inventos ponen «Me flé, me flé de las falsificaciones.» ¿Y por qué se fían los muy simples, sabiendo lo que pasa?»

Felipe PÉREZ Y GONZÁLEZ.

DE VITAL AZA

Requerido por nosotros este ingeniosísimo autor de tanta regocijada comedia, para escribir algo en este número, y en vísperas de emprender su viaje á Asturias, nos remite á última hora los versos siguientes, donosísimos como suyos:

Amigo Urrecha:

¿Conque unos versitos, eh?
Allá va esa tontería,
para demostrarle á usted
que complacerle quería,
pero que no lo logré.

Que perdone EL IMPARCIAL.
Si esta vez me salió mal
otra vez saldrá... peor.
Siempre suyo, admirador
y compañero,

VITAL.

VIGILIAS

De buena tinta he sabido
que don Canuto Ledesma,
filósofo descreído,
ni un sólo día ha comido
de vigilia en la Cuaresma.

Es un hombre tan glotón,
que entre renglón y renglón
cuando se sienta á escribir,
se entretiene en engullir
rajitas de salchichón.

Personas muy ilustradas
dicen que están bien pensadas
las obras de D. Canuto,
y afirman que son el fruto
de vigiliás prolongadas!...

Un Jueves Santo de antaño.

(AVISOS DE LA CORTE)

De Madrid, jueves 24 de Marzo de 1634 años.

Espléndido se ha mostrado el sol en este día, que á no dudarlo el padre de la luz estaba ganoso de presenciar el boato que ha desplegado el rey más galán y fastuoso del orbe para solemnizar el mayor de los misterios de nuestra sacrosanta religión.

Después del retiro que llevado de su mucha piedad se había impuesto reclusándose con su augusta familia desde el viernes á los reales aposentos de San Jerónimo, en la tarde de ayer miércoles volvió á hacer su entrada en la Corte el rey nuestro señor, con gran contentamiento de sus vasallos, que viendo en su gallarda persona el más firme sustento de esta vasta monarquía, no pierden ocasión de mostrarle su amor y de hacerle ver la alta estima en que tienen sus prendas.

De este júbilo dicese que no han participado en tanta medida los reverendos de Atocha, que contando con que en su casa asistirían SS. MM. á las tinieblas, se han creído desairados por la preferencia que el monarca dió por esta vez al templo real de la Almudena, que tal vez por su mayor proximidad al Alcázar fué el elegido.

En él era tanta la aglomeración de gentes que al abrir las guardas calle á las reales personas, hubo no escaso número de heridos, y aun no pocos fieles fueron á dar con sus huesos en la Cárcel de Corte, acusados de haber tenido más listas las manos para registrar faltriqueras que los ojos para admirar las galas de que se había adornado el templo.

No fué, sin embargo, esto, que por ser moneda corriente en nadie causó asombro, lo que agitó la fiesta. Otro incidente, que por haber sido muy comentado, no se ha de pasar en silencio, fué lo que hizo que terminara desabrida, y punto menos que solitaria, una solemnidad religiosa que comenzó tan animada y concurrida.

Poco después del primer salmo, la reina nuestra señora sufrió un desvanecimiento que casi la privó de sentido, y aunque su religiosidad nunca desmentida, una vez desvanecido el sopor les hiciera instar á todos á permanecer

(1) Refiérese á la Justicia.

en la iglesia, siquiera hasta la terminación del comenzado nocturno, el rey, galante siempre, la acompañó al Alcázar, de donde ya no volviera a salir.

Los más dieron por causa al incidente el sofocante calor producido por las luces, y aun hubo quien tuvo el síncope por venturoso nuncio de nueva sucesión; pero como en parte alguna faltan lenguas maldicientes, estas dieron otra significación al lance.

Sabida es la costumbre que tienen los lindos al uso de hacer en este día obsequio a sus damas de matracas de ricas maderas embutidas de oro, plata, marfil y otras materias preciosas con que armar ruido en los templos. El rey, á fuer de galán, había hecho á su augusta esposa presente de una de estas máquinas, verdadera joya, en que por haber puesto mano los más renombrados artifices plateros recién venidos de Italia, parecía no poder tener rival en el mundo, y esta circunstancia había llenado de legítimo orgullo á la que con él comparte la soberanía de estos vastos reinos.

Dícese, sin embargo, que el contento de tan augusta señora se vió turbado desde el momento mismo en que penetró en el templo, por ver que muy cerca de su estrado tenía almohada cierta dama á quien es fama que el gran Philipo galantea, no por cierto con desabrida fortuna. Sin embargo, casi es seguro que habría disimulado su enojo á no haber reparado en que la susodicha, con descaro inaudito, y con objeto manifiesto de hacer más público lo que para nadie es un secreto, mostraba en la mano una matraca que, por ser de mayores primores que la de nuestra soberana, harto claro revelaba la alteza de su origen.

La reina entonces, sin ser dueña de sí, hizo menudas piezas la suya, y acudiendo copiosas lágrimas á sus ojos, se vió tomada del desmayo de que ya se hizo mérito.

De esto será lo que quiera. El rey es mozo y galán, y aunque la suerte le unió con quien á nadie cede ni en virtud ni hermosura, la juventud es indómita, y mas fácil es vencer luteranos y hugonotes que domar los fieros de una sangre bullidora é inquieta.

El hecho es que, si tormenta hubo, los primeros albos del día la disiparon, y hoy jueves ambos monarcas han asistido á los Divinos Oficios al convento de Descalzas Reales, donde no se ha sabido qué admirar más, si los armoniosos sonos de una orquesta digna en todo de los oídos que la escuchaban, ó la artificiosa traza del monumento con que las alcurniadas madres han logrado hacer la más bella apariencia del sublime misterio que hoy se conmemora.

Los reyes, terminado el Oficio, fueron obsequiados con un agasajo en que, sin quebrar los preceptos del ayuno, pudieran paladear las delicadas garapiñas y las sabrosas aguas de canela, limón y bergamota, que tan alta nombradía de hábiles reposteras ha dado á las religiosas. Su Majestad mostró tal pena por no poder hacer brecha en las salsillas de mermeladas y jaleas que se ofrecían á sus ojos, que la superiora ofreció que á la hora de hoy correría de cuenta del convento toda la parte de repostería, y que nuevos primores podría ofrecer si los augustos huéspedes honraban el *sarao á lo divino* con que la comunidad ha de festejar el *Domingo de la Resurrección*.

El rey, no sólo aceptó con su cortesania habitual el ofrecimiento, sino que se comprometió á ser pareja de la superiora en la *sarabanda mística* con que se rompiera el baile.

Con esto, y después de admirar los ricos tapices y reposteros con que se había engalanado el claustro bajo, salieron SS. MM. del monasterio para asistir en el Alcázar al Lavatorio, donde fueron agasajados largamente los doce pobres elegidos, entre los que el rey distinguió con palabras de afecto á su antiguo alférez de los tercios viejos, que después de servir desde los tiempos del señor don Felipe el segundo, lisiado de un tiro de arcabuz, pide hoy limosna en las gradas de la Victoria.

Por la tarde, después de oído el *Sermón del Mandato* en la Real Capilla, salió la Corte con pública ostentación á visitar los sagrarios, siendo tal el lujo que en su atavío y servidumbre desplegó el Conde-Duque, que, aunque el rey iba bizarro en extremo, vestido de leonado con aferrados de color perla y sondas de oro, hubo de decir con cierto donaire á uno de sus sumilleros:

—La mitad por lo menos de los memoriales que se recojan los proveerá de su bolsillo Olivares; que por lo visto anda con más holgura su casa que la mía.

La carrera no se señaló por incidente alguno notable, pues aunque en dos ó tres ocasiones la ostentosa comitiva estuvo á punto de verse rota por las oleadas de la plebe puesta en confusión, á tal incidente, que todos los años pasa, no dan valor más que gentes sobrado espantadizas. Cierta es que por irreverente pudiera pasar que los puestos de bebidas y golosinas obstruyan la puerta de los templos y den ocasión á que las destemplanzas de la embriaguez turben el recogimiento devoto que el día pide; pero la costumbre es costumbre, y hay que respetarla en evitación de mayores males.

Más de lamentar fué otro suceso, que llenando de consternación el ánimo de S. M., hizo que se retirara á su real morada antes de ponerse el sol.

Cuando se dirigía á Santo Domingo, que este año se ha visto concurrido como nunca por estrenar monumento, regalo del Sr. Inquisidor general y traza del sevillano Diego Velazquez de Silva; gran bulto de gente que salía precipitadamente de la iglesia gritando «Profanación» «Profanación» detuvo el paso á S. M., quien buscando refugio en las casas que habita un hijo del conde de Fuertés, mandó persona que se informara de lo ocurrido en la iglesia.

Esto, á lo que de público se decía, fué como sigue. A cierto consejero de Portugal, hombre de tan alta prosapia como entrado en años, hále ocurrido ha poco tiempo la idea de dar su ya sarmentosa mano á cierta doncella, á quien, no por lo que parece perdiendo su tiempo, recuestaba de amores un mayorazgo, más sobrado de mala fama que de buena hacienda. El mozo no debió quedar satisfecho de gozar á medias lo que por entero pretendía, y hoy, aprovechando la confusión del mucho gentío, y sin respecto á la santidad del lugar arrebató á la esposa del brazo del propio marido y se dirigió desde cerca del pres-

biterio á la puerta de la iglesia ganoso sin duda de poner su presa en lugar seguro.

Esto lo hubiera conseguido si algunos criados del consejero, más avisados que su amo, viendo el juego no hubieran querido cortarle el paso, no sólo dando descompensadas voces, sino poniendo mano á las dagas. Al mozo no debía faltarle tampoco quien le guardara las espaldas, puesto que en breve espacio, donde todo era antes recogimiento y oraciones, sólo se escuchaban votos y porvidas mezclados al chocar de espadas y á los lamentos de los no pocos heridos que con su sangre manchaban las losas de la casa del Señor.

Más de media hora tardó en ponerse remate al tumulto, cayendo no sin trabajo en manos de la justicia los causantes de él. Dicese que el templo se cerrará hasta que sea de nuevo purificado, y que los culpables pagarán en la horca sus desmanes. Dios Nuestro Señor sobre todo.

El rey ha tomado tal pena del suceso, que hay quien pretende que excusará su presencia en los balcones del Alcázar al paso de la procesión del *Santo Entierro* que, como es uso, saldrá mañana. Aunque esto suceda, no por ello se verá menos concurrida la carrera, pues sastre hay que lleva velando más de dos semanas por terminar ropillas y saboyanos que han de lucirse en el tránsito, y damas y galanes no renuncian á ser vistos en día de tanta gala, suceda lo que suceda.

De todo informaré por menudo en otra gaceta; que como es fácil que vengan tiempos en que la herética gravedad traiga consigo el descreimiento, bueno es que documentos escritos demuestren á las generaciones venideras cuánta es la piedad de este siglo, que ha de ser citado para gloria nuestra, si no como espejo de buenas costumbres, como dechado de intachable fe y de sincera religiosidad.

Angel R. CHAVES

ANTE LA CRUZ

SONETO

Lívido rayo el firmamento inflama,

Y enclavado en la cruz Dios aparece.

La Virgen á sus pies se desvanece,

Mientras con voz dulcísima la llama.

Para quien hoy con ansiedad reclama

Consuelos á una fe que desfallece,

¡Qué visiones simbólicas ofrece

El fin inicuo del sublime drama!

¡Qué martirios revela en su figura

La Virgen, traspasada de amargura,

Tan sola, sobre el Gólgota desierto?

¡Es la Madre de Dios que al cielo implora,

O es la doliente humanidad que llora

Bajo la Cruz á su Ideal que ha muerto?

C. F. SHAW

Alrededor del mundo

SUMARIO

Nuevos hallazgos sobre la historia de Jesús.—Un manuscrito budista.—El relato de los lamas.—Discrepancias curiosas.—Las islas encantadas de Etiopía.—El tesoro de libros que encerraban.—Lo que se espera de él.

En el transcurso de estas últimas semanas la historia de Jesús se ha enriquecido con versiones desconocidas hasta ahora, y que datan de antigüedad grandísima.

Han sido halladas unas en el Tíbet y otras en Etiopía, y todas eran conservadas en el mayor misterio por el celo supersticioso de sus guardianes, los lamas asiáticos y los sacerdotes abisinios.

Véase en qué consisten estos hallazgos

Recorriendo el Tíbet oyó decir en un monasterio el viajero ruso Nicolás Notovich, que los budistas conocían y honraban á Issa, considerándole como uno de los primeros profetas, después de los veintidós Budas, y como superior á todos los dalai-lamas. Convencido por la similitud de nombres que aquel Issa debía ser Jesús, el viajero preguntó si existía alguna vida del profeta. Dijéronle que solo había una que se guardaba en un monasterio de Ladak; y en demanda del monasterio y del manuscrito púsose en camino Notovich, hasta que dió con uno y otro á vuelta de mil aventuras y de dificultades que parecían invencibles.

El ansiado manuscrito de la vida de Issa era antiquísimo y formaba dos gruesos tomos. La historia que trataba era, en extracto, como sigue:

«Issa nació en Israel. Sus padres eran pobres y de piedad insigne.

»Desde su infancia anunció al «Dios único é indivisible.» Llegado á la mayoría de edad, que las leyes de Israel fijaban en los 13 años, en vez de tomar mujer se fué de su casa paterna, y con unos mercaderes se dirigió al Sinbd.

»Se estableció entre los aryaes. Visitó varias poblaciones, entre ellas Benares, y aprendió á leer y á comprender á los Vedas. Pero un día rompió con los brahminos y negó el origen divino de los Vedas. Los «sacerdotes blancos» le amenazaron de muerte y tuvo que huir. Aprendió el pali, se inició en los misterios del budismo puro, y después se dirigió hacia Occidente, predicando en todas partes contra los ídolos. En Persia combatió la religión de Zoroastro y le persiguieron de nuevo, y de nuevo tuvo que huir.

»A los veintinueve años volvió á Judea y comenzó su predicación. Alarmado Pilatos, gobernador de Jerusalem, reunió á los sacerdotes y á los sabios para que juzgasen á Issa; pero después de interrogarle éstos le declararon inocente. Issa continuó hablando al pueblo. Le aconsejaba entre otras cosas la obediencia á César y el respeto á las mujeres. Pero Pilatos, cada vez más alarmado al ver su popularidad, le rodeó de espías y de testigos falsos, le prendió, le dió tormento y le hizo comparecer ante el sanedrín con dos bandidos.

»Un testigo que á instigación de Pilatos había hecho traición á Issa, le dijo ante el tribunal: «No te hacías pasar por rey de Israel cuando decías que el que reina en los cielos te había enviado para preparar su reino?» E Issa, bendiciendo al traidor, le contestó: «Tú serás perdonado, porque otro es quien habla por tu boca.»

»Los jueces, sin embargo, después de consultarse mutuamente, dijeron á Pilatos: «No podemos echar sobre nuestras cabezas el gran pecado de condenar á un inocente, y de declarar inocentes á dos bandidos, porque eso es contrario á nuestra ley.»

»Dicho esto, los sacerdotes y los sabios ancianos salieron y se lavaron las manos en un vaso sagrado, diciendo: «Somos inocentes de la muerte del Justo.»

»Issa y los dos bandidos fueron crucificados; pero al tercer día, el sepulcro en que había sido puesto el cuerpo de Issa fué hallado abierto y vacío.»

Como se vé, esta extralucida versión búdica de la vida de Jesús contiene dos novedades sorprendentes.

El manuscrito de los lamas llena el vacío que existe en los relatos de los Evangelistas, pues desde su disputa con los doctores, hasta su encuentro con San Juan Bautista, no sabemos nada de lo que hizo el Redentor. Los lamas aseguran que pasó esos años en la India, y que estudió sus libros sagrados.

La otra novedad extraordinaria en el relato búdico es la afirmación de que no fué el sanedrín quien condenó á Jesús, ni Pilatos quien se lavó las manos, sino todo lo contrario.

¿Con qué ganas se van á agarrar á esta versión los judíos para sostener que no fueron ellos los que mataron á Jesús!

En el lago Zuay, en Etiopía, hay unas islas misteriosas y encantadas.

Nadie había osado poner allí la planta; nadie había explorado sus risueños bosques; nadie había cruzado la menor palabra con sus habitantes. Desgraciado del que lo hiciera, porque la maldición de Dios caería sobre él y el curioso sucumbiría en el acto víctima de las terribles hechicerías de los isleños, que tienen fama de ser los magos más poderosos de la tierra.

De donde arranca esta extraña superstición que hace de aquellas islas un territorio independiente dentro del mismo Imperio de Abisinia y le convierte en una especie de Batuecas de Africa?

La leyenda afirma que allá, en el siglo XVI, cuando los musulmanes invadieron á Etiopía, los monarcas abisinios mandaron llevar á la principal de estas islas, á la de Debra-Sinai (Monte Sinai), la mayor parte de los libros etíopes de su magnífica y renombrada biblioteca; con los libros mandaron sacerdotes y decretos proclamando territorio sagrado y de refugio el de las islas. Las órdenes fueron respetadas; cuando los invasores quisieron llegar á las islas fueron rechazados valerosamente por los habitantes; establecieron éstos una incomunicación absoluta con la gente de tierra firme, y tan constante y tan bien mantenido fué su aislamiento, que ni siquiera se enteraron de que el país había sido reconquistado por los cristianos, y siguieron tratando á estos como si fuesen musulmanes codiciosos del tesoro de libros que confiara á la isla el viejo rey.

Hace pocas semanas esta bonita leyenda ha tenido fin. El rey Menelik ha ido en persona á las islas del lago Zuay.

Cuanto afirmaba la tradición ha resultado exacto. En los templos de Debra-Sinai estaban todavía los libros enviados allí en depósito por el emperador del siglo XVI, libros que los isleños trataban con un respeto supersticioso y como á cosa sagrada, aunque aquellas pobres gentes, con su prolongado aislamiento, habían olvidado las artes de la lectura y de la escritura, y no conservaban del cristianismo más que nociones muy vagas.

La mayoría de los manuscritos tratan del cristianismo y eran ya antiquísimos y de gran valor cuando fueron depositados en la isla del lago. De ellos se esperan también versiones curiosas, y tal vez inesperadas, de nuestra religión y de nuestros apóstoles.

WANDERER

MADRID.—1894

Cromotipia y fotografado de L. R. y C.ª, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel Garcia.

PASCUA FLORIDA



LA RESURRECCIÓN... DE LA MANTILLA

Ayuntamiento de Madrid